

Jeromin

10 CTS

AÑO VI.—NUM. 266

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid, 14 de junio de 1934



EN LA SELVA CIVILIZADA UNA EXCURSION A LA SIERRA



LA PRINCESA DE LAS LENTEJAS

(Conclusión)

Cuando el emperador de Camelancia vió volver a la princesa, su hija, anegada en lágrimas y sin haber llegado a ser reina, montó en cólera y juró por sus antepasados vengar aquella afrenta y limpiarla con sangre. Así es, que aquella misma tarde, después de comer, declaró la guerra al rey de los cunegundos y mandó movilizar sus ejércitos.

La guerra duró diez años; y hubiera durado, sin duda, otros diez si un día, después de una fiera batalla, no hubiese caído prisionero el mismo Sisebuto ochenta y cuatro en manos de las tropas imperiales de Anacleto de Camelancia. Y sucedió, naturalmente, que el real preso fué llevado a la capital del imperio vencedor y arrojado a un calabozo oscuro e inhumano, como son todos los calabozos que no tienen luz ni se barren.

Tan pronto como se vió en su prisión,



el infeliz Sisebuto comenzó a pensar en su negra suerte, y la primera idea que brotó en su cerebro fué, naturalmente, la de escapar. Pero las paredes eran espesísimas, las puertas recubiertas de gruesas planchas de hierro, y las cadenas, del más duro acero. Cuando hubic renunciado a la idea de la fuga, su segunda idea fué advertir que tenía hambre, porque llevaba ya muchas horas sin probar bocado. Pero el hambre pudo ir creciendo a placer durante todo el día, porque en todo él no vió el pobre Sisebuto ni la sombra, no digo ya de una pechuga de pollo, pero ni de un mal pedazo de pan. Hasta que por fin llegó la noche, y con ella un carcelero, que entró en la prisión llevando en las manos una amplísima cazuela humeante. Verlo Sisebuto y lanzarse a su encuentro para arrebatarle de las manos la comida, fué todo uno; pero cuando los reales ojos repararon en el contenido del recipiente, el hambriento



prisionero se detuvo aterrado. Era una cazuela de lentejas. ¡Lentejas con cebolla! En una explosión de cólera, Sisebuto se olvidó de su hambre y lanzó la cazuela contra la cabeza del carcelero. Pero al tercer día, tendido Sisebuto sobre su mísero camastro en un estado lamentable de postración y debilidad, no



tuvo siquiera fuerzas para levantarse cuando entró el carcelero; así fué que pudo éste acercarse a él impunemente, y después de dejarle la consabida cazuela, retirarse con toda tranquilidad. El infeliz Sisebuto agonizaba de hambre: La vista se le nublaba; los oídos le zumbaban; las sienes le martilleaban, y en el estómago le parecía tener una bomba aspirante que le torturaba las entrañas.

Venía a agravar el tormento cierto olor cillo sutil y penetrante que, naciendo de la cazuela de lentejas, venía a penetrarle por las narices y subírsele hasta el cerebro, taladrándole los sesos como un berbiquí. ¡Hagamos justicia al buen Sisebuto! ¿Quién en el mundo hubiera podido resistir semejante suplicio? Todavía no se ha puesto en claro cómo pudo ser la cosa; pero la cosa fué que de repente, se dió cuenta Sisebuto de que tenía la cuchara en la mano, y sintió que la cuchara misma, por propio impulso, le extendía el brazo hasta la cazuela, y después hasta la boca, y que la boca se abrió automáticamente... Y después de la primera cucharada, la segunda... y la tercera... Pero, ¡por vida del chapiro ver-



del, ¡si no eran nada malas aquellas lentejas! ¿Qué iban a ser? A los pocos minutos la cazuela estaba vacía, limpia y lustrosa. Y, poco después, Sisebuto golpeando con la cuchara la cazuela vacía, gritaba a todo pulmón: "¡Carcelero! ¡Carcelero! ¡Otra cazuela de lentejas!"

Así fué cómo Sisebuto ochenta y cuatro vino a reconciliarse, primero con las lentejas, y después con Anacleto, emperador de Camelancia. Porque habiendo reconocido que las lentejas son un alimento sustanciosísimo, vino a deducir en lógica consecuencia, que también una princesa, aunque cubierta de pecas semejantes a lentejas, podía ser una excelente esposa. Por donde, después de arrepentirse de su loco proceder, accedió a llevar a feliz término aquella boda que había quedado interrumpida diez años antes. Y fué una boda suntuosísima, que acabó con un regio banquete, cuyo primer plato fué un exquisito puré de lentejas, y el último un espumoso mantecado de crema de la misma legumbre.

LOS TRES AVENTUREROS

CONTINUACIÓN



Capítulo XV

Rendidos por las emociones de la jornada, los tres aventureros se durmieron, a pesar del escándalo infernal que promovían los salvajes danzarinés con sus bárbaros bailes. De madrugada fueron despertados por unos violentos empujones. Desvelados súbitamente, se incorporaron asomándose a una de las ventanas de la cabaña. Y con asombro contem-



el gatillo. De esta forma llegaron a un extensísimo valle, y al otro extremo del mismo vieron estupefactos que otro ejército de negros esperaba seguramente a que llegasen los de la tribu a que pertenecían aquellos que les habían hecho prisioneros. Al darse vista unos y otros, agitaron amenazadoramente sus armas, y de las filas de los de Polo y compañeros, surgió el grito guerrero "¡Uhalah! ¡Uhalah!"



lle, y allí le salió al encuentro otro bárbaro de hercúleas proporciones, que era, sin duda, el rey de los contrarios. Llegados uno frente al otro, lanzaron sus lanzas sobre sus cabezas, y la del rey de los amigos de Polo fué a clavarse en el hombro de su contrario, que lanzó un terrible alarido, mientras el otro esquivaba ágilmente el arma de su enemigo.



plaron a todo el pueblo reunido y con las armas en la mano. Al verlos, los guerreros agitaron sus lanzas y sus mazas, y rugieron ferozmente: "¡Uhalah!"

El jefe se puso al frente de sus hombres, invitando a los aventureros a que caminasen a su lado. Todos se pusieron en marcha; nuestros amigos se preguntaban adónde los llevarían, y recelosos caminaban uno muy junto al otro, con la carabina bajo el brazo y el dedo en



Al contemplar las actitudes poco pacíficas de unos y otros, los prisioneros comprendieron que aquellas dos masas de salvajes tenían entre sí hondos resentimientos, que, por lo visto, pensaban liquidar en descomunal batalla, y no les cupo duda que el motivo de llevarlos consigo era porque confiaban que los blancos batallarían a su lado. A todo esto, el jefe de los amigos de Polo, un negrozito gigantesco, avanzó al centro del va-



Acto seguido los dos reyezuelos se acometieron ferozmente con sus porras, y durante unos segundos los ámbitos del valle se estremecieron al resonar de los golpes pavorosos de los contendientes. Por fin, el jefe de los contrarios a la tribu de Polo quedó tendido a los golpes fieros de su rival.

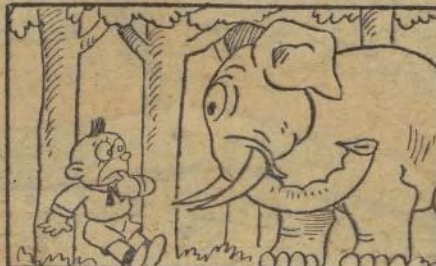
Fin del capítulo XV

EL NIÑO QUE SE COMIA LAS UÑAS

Tenía un vicio muy feo, que era el de chuparse el "deo".



Y en cuanto ocasión tenía las uñitas se comía.



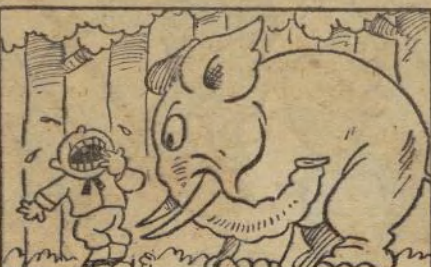
Va chupando tan campante y le coge un elefante.



El animal, que es un pillo, le hace que muerda un colmillo.



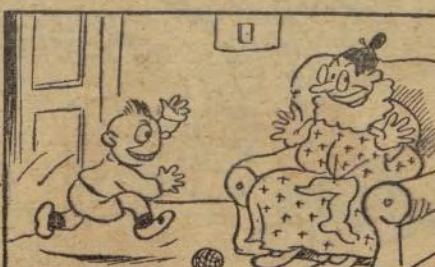
Y a continuación, le dice: "Muerde también mis narices".



"Pues el morderse las uñas es más feo que Camuñas".



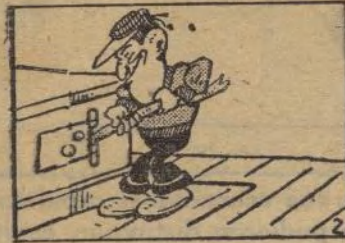
"¿Te las morderás, maldito?" "No, señor", dijo Juanito.



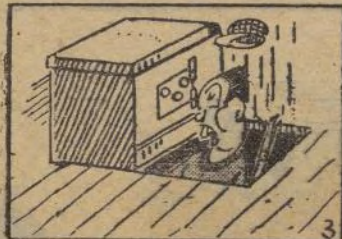
Aquello fué su escarmiento, y ahora vive tan contento.



Pasos Cortos era un terrible ladrón, que descerrajaba las cajas de caudales con la misma facilidad con que vosotros abris



una lata de sardinas. A la vista de una de estas cajas (de caudales), Pasos Cortos sacó la palanqueta y se dispuso a "ope-



rar". Pero si el bandido era listo, el dueño de la caja era super listo, y en combinación con la cerradura había una trampa,



que, como véis, iba a ser el final de la brillante carrera del bandido Pasos Cortos.

—Es usted demasiado baja de estatura para llevar a mi niña.

—Es verdad; pero así se hará menos daño cuando se caiga.

¡Invicto en generosidad!

Un pobre jardinero regaló, cierto día, al sultán Saladino una bellísima canastilla de flores, y el sultán ordenó que se le recompensase con doscientos escudos. Pero el tesorero, al escribir la orden de pago en presen-



cia del mismo sultán, se equivocó y escribió trescientos en vez de doscientos.

Dióse cuenta de su equivocación y se apresuró a disculparse ante Saladino, preparándose a corregir la cifra; pero el sultán le fué a la mano, y le dijo: "Escribe cuatrocientos, porque no puedo consentir que tu pluma me haya podido vencer en generosidad".

Un reparto equitativo

En los días del gran poeta alemán, Goethe, vivía en el barrio más miserable de Francfort un viejo comerciante y prestamista, llamado Anselmo Meyer. De niño había quedado huérfano y sufrido la más negra miseria; pero con sus notables conocimientos sobre monedas y cuadros antiguos, había logrado montar una tiendecita, que comenzó a ser frecuentada por

personas de posición. Este tenducho tenía sobre la puerta una muestra de color rojo, y con estas palabras, que en alemán son "Roth Schild", comenzó a ser conocida la tienda primeramente, y luego, su mismo dueño, Anselmo Meyer.

El viejo Rothschild, además de traficar en antigüedades, se puso a prestar dinero y se hizo rico. Tuvo cinco hijos que heredaron su patrimonio y su genio para los negocios. Uno de ellos se estableció en París, otro en Londres, otro en Nápoles, el cuarto en Viena y el último se quedó en Francfort. Poco tiempo después, las finanzas



mundiales estaban en manos de los cinco hermanos.

En 1848 entalló en Viena la revolución. Estando un día en su despacho un nieto del viejo Rothschild, llamado Nathan, irrumpió en la estancia un pequeño grupo de revoltosos:

—Ciudadano — le dijeron —. Han llegado los tiempos de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Tienes que repartir con nosotros tus riquezas, de lo contrario te encarearemos.

—Y, ¿cuánto dinero creéis que

tengo yo?—les preguntó cortésmente Nathan.

—Cuarenta millones de florines—respondió uno de los del grupo.

—¡Ni mucho menos!—les dijo Nathan—. Pero supongamos que los tenga. En el país somos cuarenta millones de habitantes; por lo tanto, a cada uno de ellos me corresponde darle un florín. ¿Cuántos sois vosotros? Ocho, según veo. Aquí tenéis vuestros ocho chelines y quedad con Dios

¡Lo único que no sabía!

Un charlatán presumido, hablando cierto día con Pico de la Mirándola, y desconociendo el ingenio y sabiduría de éste, le dijo:

—Mi padre no ha omitido sacrificio alguno para que su hijo fuese el hombre más sabio;



filosofía, matemáticas, física, lenguas antiguas y modernas, ciencias, artes... ¡No hay nada que yo ignore!

—¡Qué lástima—exclamó Pico—que te quede aun una cosa por aprender!

—¿Qué cosa es esa?—preguntó ofendido el otro.

—¡Callar!



El doctor, le dijo al señor Tonelada, que si no quería correr el riesgo de reventar, tenía que hacer ejercicio. Tonelada deci-



dió seguir el consejo del doctor. Todos los días llegaba a su ventana un golfillo, que le hacía burla, y el señor Tonelada apro-



vechó aquella coincidencia para correr tras de él. Tonelada adelgazó treinta kilos, y un día se le presentó el golfillo. Vengo a



cobrar mi parte. El doctor me enviaba a hacerle correr... Y ya ha corrido usted bastante.

—Esto que usted me ha traído está imposible de comer.

—Ya lo sé, señorito. Pero no he querido decirlo antes para no quitarle el apetito.

LA COLETA CON SORPRESA



Pin-chun-tin, era un chinito con más mala sombra que un ciprés. La tenía tomada con el pobre Pan-chin-ton, al que tiraba de la coleta lo mismo que si tirase del cordón de una cam-



panilla. Aquello molestaba mucho a Pan-chin-ton, y cierto día metió dentro de la coleta el alambre de una pila eléctrica que llevaba en el bolsillo. Cuando el chinito vino a realizar su



diaria ohineria, le sacudió una descarga eléctrica, con repercusión en las narices, que le hizo escarmentar para todos los días de su vida, y Pan-chin-ton, jamás volvió a verse molestado.

LOS MARAVILLOSOS VIAJES DE GULLIVER.

CAPITULO PRIMERO (Conclusión)

Frente a frente del templo, al otro lado del camino real, y a distancia de veinte pies, había una torre que tenía lo menos cinco de altura: Allí era donde el Emperador debía subir con varios de los primeros personajes de su Corte para poder verme con toda comodidad y satisfacción. Los habitantes que salieron de la ciudad movidos por la curiosidad, aseguran que pasaron de cien mil, y

mil hombres, si no lo hubiese prohibido un bando que se publicó por orden del Consejo de Estado. Pero cuando me puse en pie y di dos o tres pasos, fué tan grande la sorpresa del pueblo, que no es fácil explicarlo; este alivio debí a las nuevas prisiones, que tenían casi seis pies de largo, y me permitían hacer un medio círculo.



a pesar de toda la guardia, creo que en diferentes veces hubieran subido sobre mi cuerpo, con escaleras, lo menos diez

mil hombres, si no lo hubiese prohibido un bando que se publicó por orden del Consejo de Estado. Pero cuando me puse en pie y di dos o tres pasos, fué tan grande la sorpresa del pueblo, que no es fácil explicarlo; este alivio debí a las nuevas prisiones, que tenían casi seis pies de largo, y me permitían hacer un medio círculo.

CAPITULO II

Salió un día el Emperador a caballo, y por querer verme pudo costarle muy caro. Espantado el caballo de mi presencia, se encabritó, pero aquel Príncipe, que es un jinete diestrísimo, se tuvo firme sobre los estribos hasta que llegó la comitiva y cogieron las bridas. Su Majestad echó pie a tierra, y con mucha admiración estuvo observándome y midiendo mi cadena con la vista.

La Emperatriz, los Príncipes y Principesas, acompañados de muchas damas, se colocaron en canapés algo distantes. El Emperador es más corpulento que ninguno otro de su Corte, y esto lo hace más temible. Las facciones de su rostro son toscas y esforzadas, los labios gruesos, la nariz aguilena, el color aceitunado; es airoso y bien proporcionado de miembros; tiene gracia y majestad en todas sus acciones. Ya había pasado la flor de su juventud: tenía cerca de

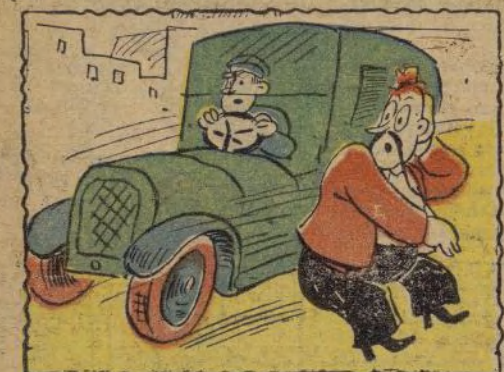


veintinueve años, y estaba en el séptimo de su reinado. Para mirarle con más comodidad, me acostaba de un lado, de suerte que mi cara quedaba paralela con la suya a distancia de tres metros. Pero pasado algún tiempo le tuve diferentes veces en la palma de la mano, y por esta razón no puedo equivocarme en la pintura que he hecho. Su vestido era sencillo y todo de un solo color, la mitad a lo asiático, y la otra mitad a lo europeo. En la cabeza llevaba un ligero casco de oro guarnecido de preciosas joyas,

con un plumaje magnífico. Tenía su espada desnuda en la mano en estado de defensa, por si acaso quebrantaba yo las prisiones: esta espada era de tres pulgadas de largo, con puño y vaina de oro y diamantes. La voz era áspera, pero clara e inteligible, que podía yo oír sin trabajo aunque estuviese en pie. Las damas y cortesanos estaban todos soberbiamente vestidos, de suerte que el terreno que ocupaban parecía a mis ojos un hermoso lienzo bordado y tendido sobre el suelo con figuras de oro y plata. Su Majestad Imperial me honraba con su conversación a cada instante, pero no nos entendíamos el uno al otro.

Al cabo de dos horas se retiró la Corte dejándome una fuerte guardia para estorbar la importunidad del populacho, o acaso la malicia, con que indiscretamente se atropellaban por acercarse a mí. Algunos tuvieron la temeraria avilantez de tirarme flechas, pero el Coronel hizo arrestar a seis de los principales de aquella canalla, y no hallando otra pena más proporcionada a su delito, los entregó en mis manos bien atados y seguros. Yo los cogí con la derecha, y encerrando cinco en el bolsillo de mi casaca, me quedé con el sexto, fingiendo que quería tragármelo vivo. El pobre hombrecillo daba unos alaridos tan horribles, que excitaban ya la compasión del Coronel y sus Oficiales, especialmente cuando me vieron sacar mi cortaplumas. Pero no quise llevar más adelante su desconsuelo; con mucha humanidad y dulzura corté prontamente los cordeles que le oprimían, le puse en el suelo suavemente, y echó a correr.—(Continuará)

DON SEVERO AVENTURERO



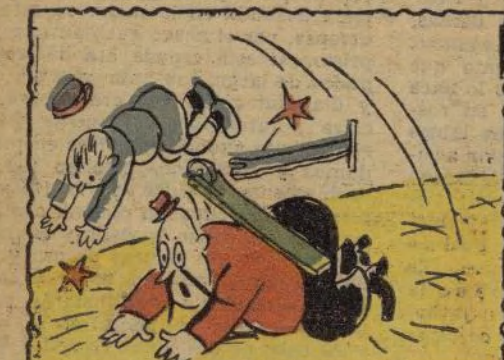
—¡Qué barbaridad! Estos taxistas son terribles. Me he salvado de milagro. ¿Dónde irá ése con tanta pri-



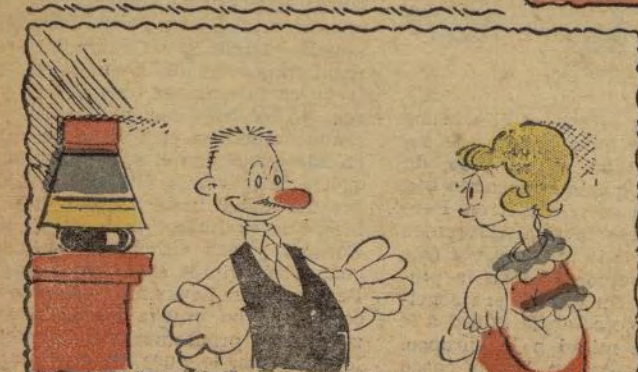
sa? Por poco me mata. He salvado la vida. ¡Horror! Ese bestia de motorista me liquida si me descuido. Menos



mal que soy un tío con vista. Ya respiro tranquilo. Ya crucé la calle. Aquí en la acera ya no hay



cuidado con los peligros de la circulación. ¡Mi madre! ¿Qué es esto? ¡Que me matan!



A don Fielato le habían encargado el que pronunciara el discurso de inauguración en la sociedad protectora de los niños cabezones.

HAZAÑAS AL ALIMÓN DE



Tarugo y Perdigón habían salido a cazar mariposas con escopeta, cuando vieron aparecer en lontananza un buito extraño que se aproximaba a la isla. —¿Qué será eso?—preguntó Tarugo. Parece un autogiro de segunda mano.



El inventor Pérez Oso comenzó a enseñar al capitán su casa portátil, mientras Tarugo, que se aburría casi tanto como Perdigón, comenzaban a poner en proyecto una de sus geniales ideas a costa del desdichado Terre-Moto.



Mientras tanto, los pilluelos se dedicaban a fiagar la casa portátil del inventor y mago, sin darse cuenta de que alguien les estaba "guipando" desde una ventanita, y aquel alguien era más negro que un tizón de los negros.



Y cuando más abstraídos estaban en sus observaciones, la mano negra les agarró por la blusa, elevándoles hasta el tejado de la casa y sacudiéndolos un trastazo en el "melón" que les dejó medio "guipado". ¿Qué era aquello?

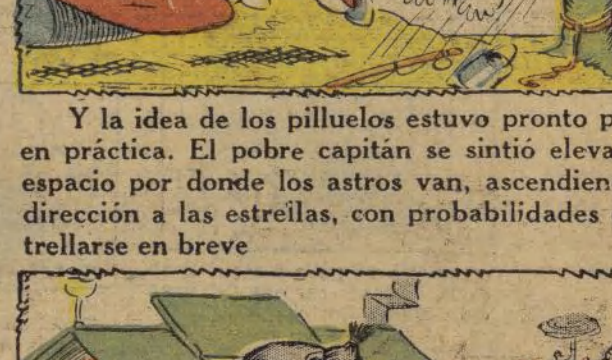
TARUGO Y PERDIGÓN



El bulto fué acercándose rápidamente, y nuestros amigos pudieron distinguir, estupefactos, que era un soberbio monoplano que llevaba a remolque una caseta de madera. —¡Mi tía!—dijo Perdigón. Mirale, va con la casa a cuestas.



Y la idea de los pilluelos estuvo pronto puesta en práctica. El pobre capitán se sintió elevado al espacio por donde los astros van, ascendiendo en dirección a las estrellas, con probabilidades de trellarse en breve



Y aquello era el fiel criado de Pérez Oso, el negro Tizón, que, consciente de sus deberes de vigilante, comenzó a tocar en el cuerpo de Tarugo una marcha india. En aquel momento llegaban Terre-Moto y el inventor y mago.

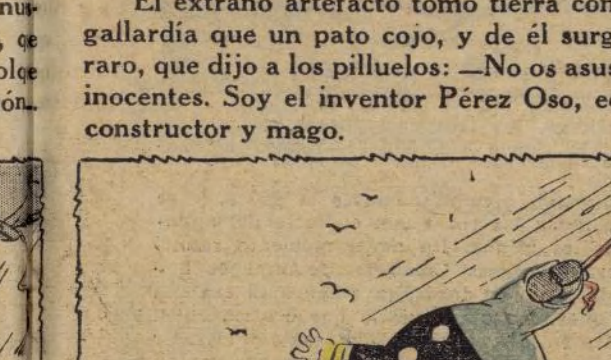


Terre-Moto, conmovido por el salvamento, y, sobre todo, más conmovido aún al observar cómo atizaba Tizón los "cates", invitó al sabio a pasar en su casa una temporada. ¡Las cosas empezaban a ponerse! es negras a los pilluelos!

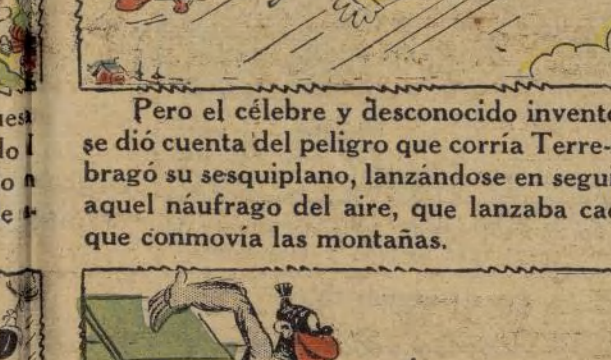
TERESA NINA TRAVIESA



Teresa se entretenía en tirar muñecas con canuto, cosa que molestaba al fiero golfo Malos Pelos. Este,



decidido a que Teresa suspendiese el tiroteo, le arrojó una cafetera rusa, con la sana intención de enviarla al

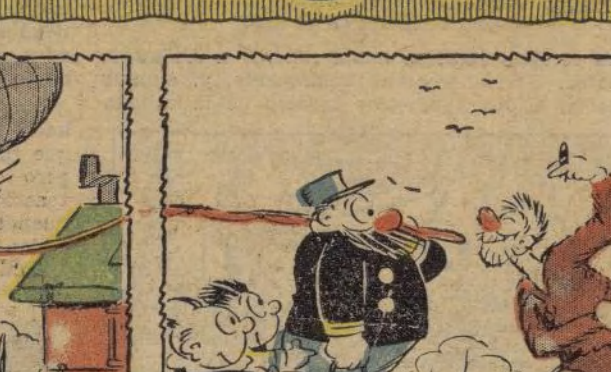


Equipo Quirúrgico. Pero Teresa, a quien la cafetera le encajó perfectamente y sin hacerle daño, continuó



su tiroteo, que, gracias a la cafetera, iba a redundar en perjuicio de Malos Pelos

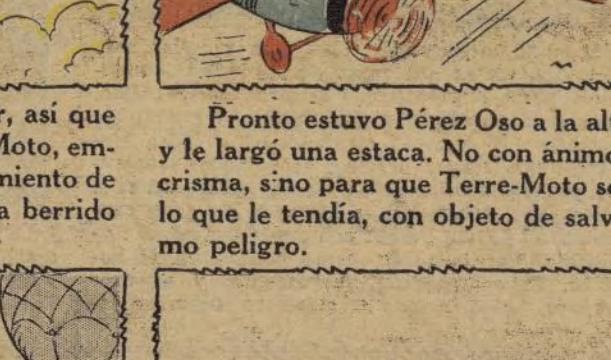
Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Don Fielato, hondamente agradecido ante la importancia de la misión encomendada, se dispuso a pensar un discurso que hiciera época.



Pero Laura también se sentía aquella noche conradora, y, como si fuera campeona de milímetros, comenzó a lanzar frases y más frases.



Cuatro horas llevaba don Fielato sin conseguir más que haber escrito el saludo a los niños cabezones y pintureros.



Su señora, alarmada ante la tardanza de don Fielato de reintegrarse al lecho, le instó para que no trabajase de aquella manera

Y don Fielato, convencido de que si hablaba Laura no hablaba él, recurrió a un remedio heroico, que privaba a la cotorra de su charla



Y don Fielato, convencido de que si hablaba Laura no hablaba él, recurrió a un remedio heroico, que privaba a la cotorra de su charla



Y don Fielato, convencido de que si hablaba Laura no hablaba él, recurrió a un remedio heroico, que privaba a la cotorra de su charla



Y don Fielato, convencido de que si hablaba Laura no hablaba él, recurrió a un remedio heroico, que privaba a la cotorra de su charla



Y don Fielato, convencido de que si hablaba Laura no hablaba él, recurrió a un remedio heroico, que privaba a la cotorra de su charla

DON SIMPLÓN Y DINAMITA



El señor Pantalla, acompañado de don Simplón y de sus perros, se dirigió al solar donde se había celebrado el certamen, para impresionar la película.



Comenzó a filmarse la gran película cómico-trágico-lírico-bailable-perruna, en la que interpretaba el primer papel Feote, convertido en "Príncipe".



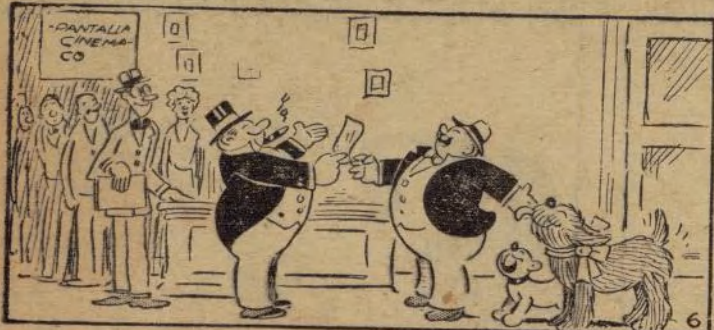
Ante la cámara fotográfica, el juez hizo el simulacro de la imposición de la corbata del mérito canino a "Príncipe", que sonreía como una "estrella".



"Príncipe", ante la admiración de Dinamita, tomaba unas "poses" que envidiaría Greta Garbo, mientras el juez felicitaba al emocionado Simplón.



Luego se filmó el desfile, entre las aclamaciones de los mal-ditos, que daban vivas de 12,50 pesetas, que es lo que pagan en el "cine" a los comparsas.



Y ya en el estudio, El Director, señor Pantalla, hizo entrega del cheque de cincuenta mil pesetas, por la interpretación de "Príncipe" en la película: "De perro mestizo a monarca, en un día".

LOS NAUFRAGOS DEL "AIRÓN"

CAPITULO LVI

"Una tragedia en el mar"

El terrible esfuerzo había rendido a los aventureros. Desembarcaron rápidamente, y, aunque estaban a dos kilómetros escasos de la cabaña



aérea, decidieron buscar una caverna, donde reposar unas horas, y esperando también que durante este tiempo cesase la lluvia torrencial que caía. Mientras buscaban el refugio, Albani mandó a Marino que otease el horizonte a ver si descubría el barco, cuyas velas habían visto durante la tempestad; pero el maltés regresó diciendo no haber visto nada que delatase la presencia del barco, que, afortunadamente para sus tripulantes, debía de haber sorteado los escollos.

Entraron en un cavidad que podía servirles de refugio. Sin preocuparse de visitarla para cerciorarse de si la ocupaba algún visitante pe-



ligroso, se metieron en ella para resguardarse de las cataratas que caían de las nubes. Comieron algunas bizcochos que el mozo había traído, y se acomodaron lo mejor posible, tratando de descansar. El huracán estallaba en aquellos momentos con fragor horrible de truenos, señalando, probablemente, el fin de la mala estación. Los cuatro Robinsones, a pesar de su gran cansancio, no podían dormir con aquel estruendo formidable. Por la tarde, como continuase el huracán, se acomodaron nuevamente, y minutos después, todos, menos el marinero, dormían co-

mo lirones. Enrique estaba inquieto y desasosado. Al cabo de una hora de penoso insomnio, llegó a sus oídos el eco de una detonación seca y rápida, que se parecía al disparo de una pequeña pieza de artillería.

Sorprendido y algo inquieto, se levantó y echó hacia el mar una larga mirada; pero no vio más que tinieblas. Escuchó durante algunos minutos; pero como no volviera a oírse ninguna otra detonación, tornó a acostarse. Iba a cerrar los ojos, cuando se oyó otro disparo. No se había engañado; mar adentro tronaba un cañón. "¡Señor Albani!—exclamó, despertando al jefe—. ¡Están disparando cañonazos en el mar!" Al oír estas



exclamaciones, los tres compañeros se incorporaron. "¡El junco sin duda!"—repuso el marinero.

Abandonaron precipitadamente la gruta, y se lanzaron hacia las rocas, sin cuidarse del agua-cero que les calaba. En aquel momento resonó un tercer cañonazo. Como los relámpagos brillaban de tarde en tarde, la oscuridad era tan grande que no podía verse lo que ocurría en el mar. Pero entre los silbidos del viento y el rugir de las olas, se oían gritos de gentes, que venían del océano.



Una horrorosa tragedia debía de estar desarrollando en el mar agitado y tempestuoso.

Fin del capítulo LVI



COPA Jeromin CAMPEONATO INFANTIL DE FÚTBOL



¡SE HAN JUGADO LAS SEMIFINALES!

Los desempates celebrados en la última jornada han sido de una gran emoción. El Deportivo Alcazaba consiguió eliminar por la mínima diferencia al Deportivo Carabanchel, luego de un gran partido que evidenció la gran clase de am-



bos conjuntos. Por la mínima diferencia, también, el Alcántara logra derrotar al Estudiantil y al Alcazaba, pasando a jugar la final con el Deportivo Piscis, que, a su vez, consiguió salvar los escollos de la Peña Campos y del Volanda.

La final entre estos dos grandes equipos, Piscis y Alcántara, promete ser un verdadero acontecimiento y una magnífica reunión deportiva, ya que ambos clubs han dado una gran prueba de potencialidad, llegando al trance decisivo, y clasificándose a la cabeza de 56 equipos, la mayoría de ellos compuestos por notabilísimos jugadores.

Damos una "foto" del Deportivo Alcántara y

otra del Estudiantil, club que era considerado como uno de los favoritos, y cuyas magníficas actuaciones han merecido unánimes elogios.

También ha sido de gran emoción y merece párrafo aparte, la soberbia actuación de los pequeños jugadores del Volanda F. C. y Recreativo Sagrado Corazón. Estos clubs no pudieron deshacer el empate durante el tiempo reglamentario, siendo preciso conceder dos prórrogas, que tampoco alteraron el resultado.

Hubo necesidad de eliminar a uno por sorteo, y la suerte, favoreció a los del Volanda, que al día siguiente eran descalificados por su actuación ante el Deportivo Alcántara.



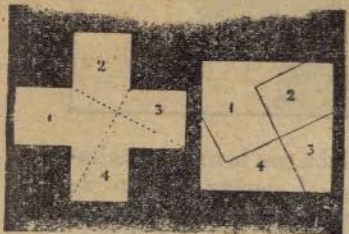
En resumen, una jornada triunfal, y una semana agitada, durante la cual se han celebrado ¡ONCE! partidos, siendo preciso habilitar los días laborables.

PASATIEMPOS



—Pero ¿qué le ha pasado a usted, doctor?
—Nada; que me he quedado a pasar la noche en estas ruinas.

LA CRUZ Y EL CUADRADO Solución

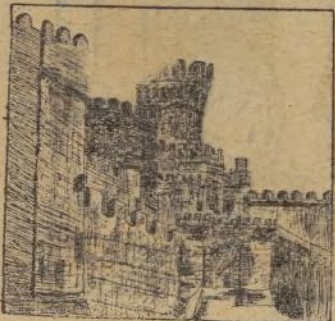


He aquí la forma de dividir el cuadro, para formar una cruz de brazos iguales.



—¿Sabe usted qué se entiende por cuerpo transparente?
—Sí, señor: es un cuerpo a través del cual se ve.
—Cíteme un ejemplo.
—Una cerradura.

El cura. —¿Qué traes a la iglesia de Dios, ¿infante o infanta?
—El padrino. —¿Qué cosas tiene usted, señor cura. Es el hijo de don Celestino.



He aquí las siete murallas de Zamora, poema de la piedra y de las líneas severas, que con pasmosa agilidad ha plasmado el jereminista de 12 años, Benito Fernández.



—Oye, niño. ¿Haces el favor de decirme dónde vive el señor alcalde?
—En la calle Real. El número no lo sé, pero está encima de la puerta.

DON PONCIANO Y SUS SOBRINOS



Don Ponciano era un amante de la jardinería. A fuerza de grandes cuidados había conseguido un soberbio macizo, que era su orgullo y su alegría, y no hubiera cambiado por nada aquel pedazo de tierra que tenía para él más importancia que tuvo América para Cristóbal Colón. Aquella tarde don Ponciano tuvo que salir invitado para pronunciar un discurso en la asamblea de

jardineros de secano, y encargó encarecidamente a sus sobrinos que cuidasen del macizo con cien ojos, sin permitir que nadie se acercase a atentar contra la integridad de aquel trozo de tierra, a la que quería más que a las niñas de sus ojos. Los sobrinos decidieron cumplir con el mayor interés las órdenes de su tío, pues los dos muchachos eran fieles cumplidores de su deber. Pero



por muy buena que fuera su voluntad, a las dos horas de estar de centinela estaban ya más cansados que los jugadores del macho España-Italia, y más hartos del encarguito que los mismos jugadores españoles con los árbitros del encuentro. Pero el pequeño, que tenía ideas más luminosas que un foco de acetileno, pensó que en vez de ellos podía quedarse de guardián el fiero perro

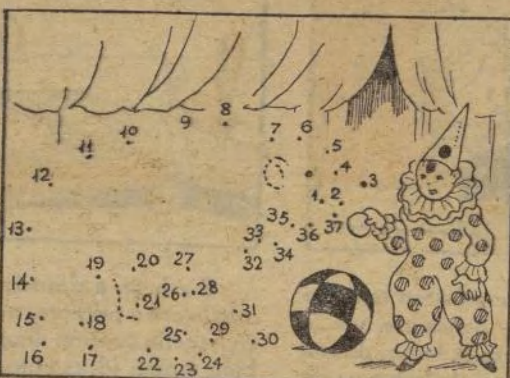
"Dentellada", que era más feo que insultar a un padre, y más malo que un dolor de muelas en el verano. Como a "Dentellada" no se le convenía con buenas palabras, los hermanitos idearon colgar del arbolito del macizo, y a una altura que el perro no pudiese alcanzar ni con recomendación, un trozo de longaniza serrana. De esta forma "Dentellada" se pasaría la tarde contemplando



do la longaniza, y ellos podrían irse a jugar en la seguridad de que mientras estuviera allí el chuchito no había un guapo que pasara. Y mientras los hermanitos, tranquilos y sonrientes, se hinchaban a marcar tantos a los del otro barrio, en el jardín de don Ponciano se desarrollaba un drama como para representarlo en el teatro e inundar la sala de lágrimas de los espectadores. Los chuchos de tres kilómetros a la redonda se

habían dado cita junto al macizo, y al olorcillo de la longaniza se excitaban de tal forma las pasiones, que aquello parecía una sesión de "Pan-crace" el día de la final del campeonato. Y cuando los sobrinitos regresaron a casa, contemplaron un espectáculo tierno y conmovedor, y con espanto pensaron en la que se iba a organizar cuando regresase don Ponciano. Decididamente habían cumplido con su deber de fieles guardadores.

PASATIEMPOS



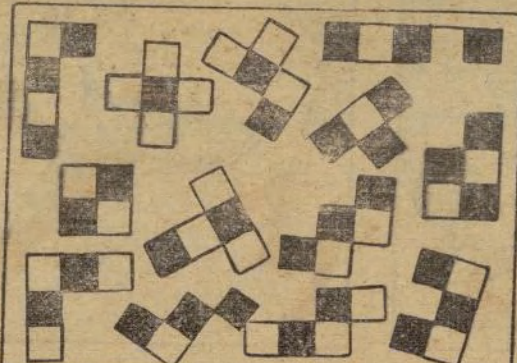
Unid los puntos del 1 al 37 y veréis lo que está haciendo este simpático y gracioso payasito.



Trazad cuatro rectas que dividan el tablero en once partes, cada una de las cuales contenga tres estrellas.



Solución al pasatiempo del número anterior. El nombre de la provincia, que hay que formar con las iniciales, es Zaragoza.



Perdigón, el miserable, ha ido a casa de don Severo y le ha roto el tablero de ajedrez. Arregladlo vosotros si podéis.

AMENIDADES



¿La mata? ¿No la mata? ¿Sí? ¿No? ¿Nos quedamos con las ganas! Pero si queréis salir de dudas, preguntádselo al autor del dibujo, Manolito Gil, que es quien puede aclarar el misterio del cazador desconocido.



—¿Has llevado la cuenta al duque?
—Sí, señor.
—¿Qué te ha dicho?
—Que se la lleve al demonio.
—¿Y tú que has hecho?
—Traérsela a usted.



—Si, amigo mío; fué un duelo terrible. El arma elegida era el cuchillo.
—¿Qué horror!
—No tanto. Los duelistas no podían avanzar a más de dos metros de distancia.



La corona de espinas ciñe la cabeza del crucificado. Y la cara del Cristo revela toda la amargura de Jesús. Nuestro pequeño colaborador de 12 años, S. G. Ripoll, es un consumado artista, como puede verse.



—Te voy a ahogar, miserable. ¿Con que querías llevarte la fiebre, eh?
—No, señor. Es que quería enseñarla a leer.

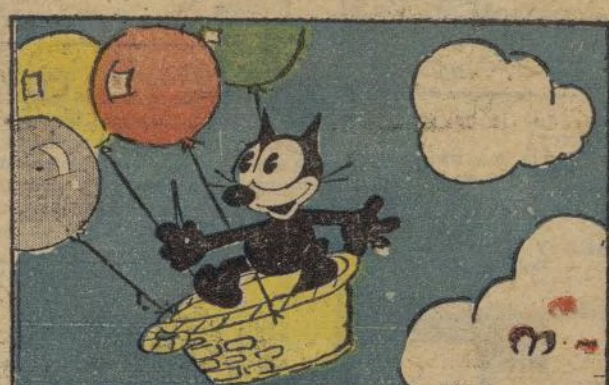
ANDANZAS DE GATO FELIX



Pirulo y Bimbete estaban consternados. A Pirulo, del disgusto, le había crecido la cabeza hacia arriba; Bimbete, con más emoción que si le hubiesen colado un billete falso de cinco duros, miraba hacia el espacio en espera de ver a Félix.



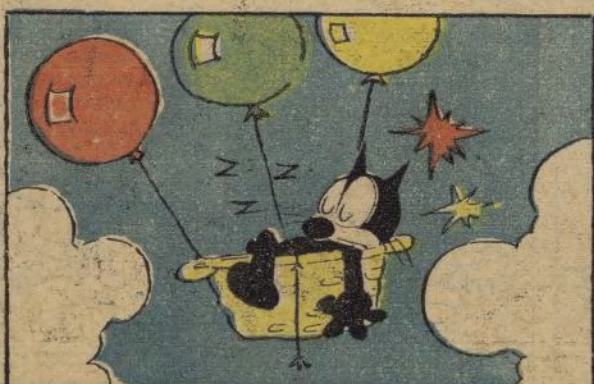
A todo esto, nuestro gato había vuelto a montar en su aerostato, dispuesto a salir de aquel planeta, donde la vida era más triste que estar siete horas pelando cebollas, y dispuesto a poner término a aquella situación difícil.



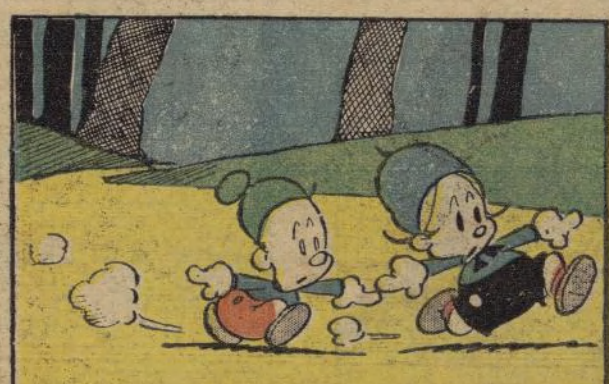
Nuestro querido Félix volaba con la misma majestad con que las ranas juegan al ajedrez, cuando de pronto se le ocurrió que, desinflando poco a poco los globitos, tal vez descendería lo mismo que los poceros a la alcantarilla.



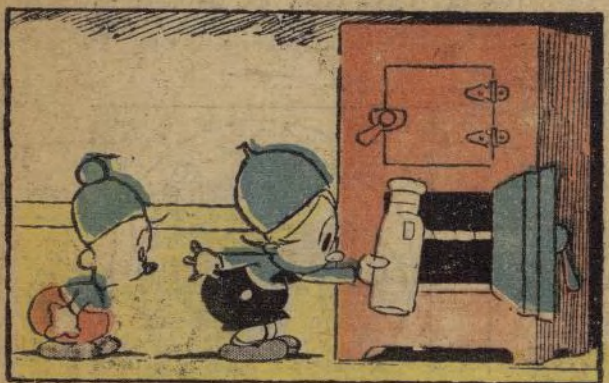
Pero, al pinchar uno de los globos, el gas del aerostato le envolvió, causándole una impresión más desagradable que si le hubiesen echado un jarro de agua fría entre la camisa y la camiseta o le hubiesen pisado un callo.



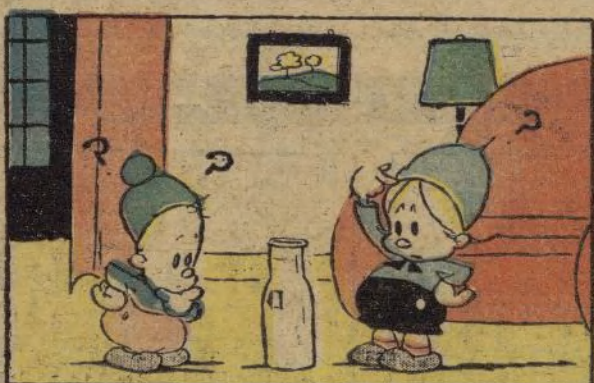
Además de estos efectos desagradables, el gas produjo a Félix un atontamiento parecido al que experimentan los boxeadores cuando les dan un directo al estómago o les sacuden un cabezazo con la peor de las intenciones.



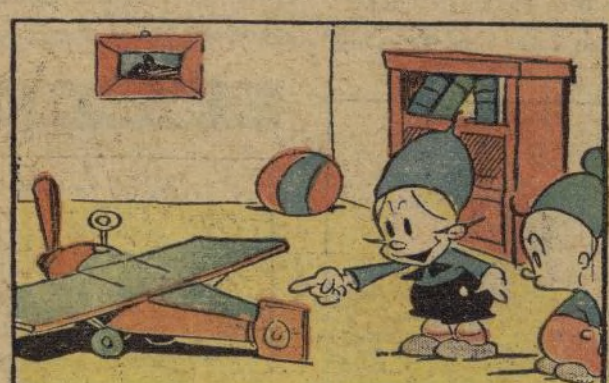
Mientras esta tragedia aérea se desarrollaba en el espacio por donde los astros van, Bimbete y Pirulo corrían en dirección a su casa, pensando que tal vez en el camino se les ocurriría alguna idea salvadora para Félix.



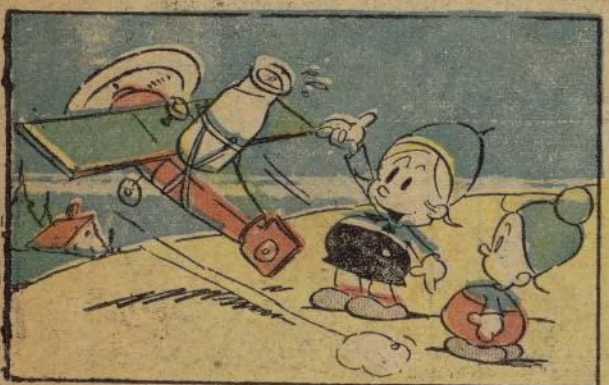
Lo primero que pensaron los hermanitos fué el que su querido amigo el gato tendría mucha hambre entre las nubes, pues se suponían que allí no había ni un mal restaurante donde le sirvieran una chuleta de huerta o una ración de judías.



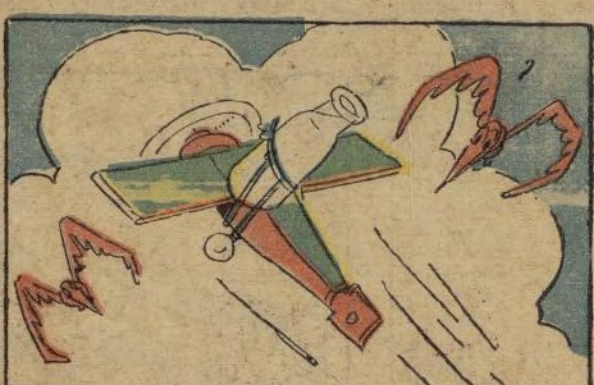
En la nevera de su domicilio encontraron tan sólo una botella de leche condensada, y pensando que, a falta de raciones de judías, buena era la leche, dieron por bueno el hallazgo, preocupándose de la forma de hacer el envío.



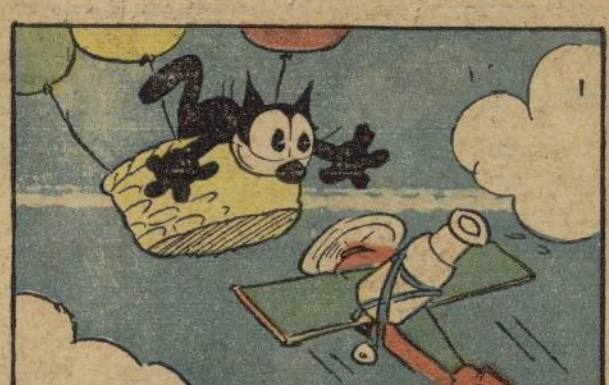
Bimbete, a primera vista, era un poco bestia; Pirulo lo era a primera, a segunda y a tercera vista; pero en aquella ocasión iban a demostrar que a veces también tenían ideas como para que les levantaran una estatua ecuestre.



En un aeroplano mecánico que poseían, Bimbete colocó la botella de leche, y dándole toda la cuerda, le facturó al espacio en la dirección en que suponía debía de encontrarse Félix, aunque presumía sería muy mala posición.



El aeroplano, con su carga láctea, surcó el espacio velozmente, siendo el asombro y el espanto de todos los pajarracos, que no se explicaban quién sería el insensato que se atrevía a inaugurar una lechería en las nubes.



Y cuando Félix ya agonizaba de hambre y sentía el estómago más vacío que un "cine" a las tres de la madrugada, vió venir aquel auxilio nutritivo, que le salvaba sus siete vidas de un solo golpe.

(Continuará este interesante episodio.)